

hacen,» Madre, tía, oídme: os recomiendo estas doncellas con toda mi alma.... las he querido en vida mucho..... y no las olvido en mi muerte..... hazlas felices, que ellas se lo merecen..... tía, un beso..... el último, mi Esposo me llama á toda prisa.

Se incorporó convulsivamente como galvanizada... una lágrima brotó de sus ojos.... echó una mirada sobre las personas que la rodeaban, que dejó fija en su madre, y cayó, descompuesto el semblante como herida de un rayo, pero abrazada al Crucifijo, sobre el que sonó un beso.

Fué el último que dió en el mundo.

Su madre cayó sobre ella con una convulsión: un grito de dolor resonó en toda la casa. Entónces se oyó una voz que dijo:

—Llorad, llorad, señora, y desahogad ese corazón.

Era el confesor, que entraba, y añadió:

—Madre, alegraos de haber tenido una hija que nació para la bienaventuranza.

IX.

Una hora ántes de amanecer, un tropel de caballeros que llegaban á todo escape, paraban á la puerta del castillo.

A poco, un hombre subía á todo correr las

escaleras y se precipitaba en el cuarto de doña Ana.

Al penetrar en él, un grito de horror lanzó su corazón.

—¡Hija de mi alma, no te he podido ver!

Y arrojóse como un loco á besar y abrazar el cadáver de doña Ana.

La muerte no había podido borrar las tintas de su hermosura.

Pero como dice un biógrafo, «sus ojos habían quedado como dos espejos empañados: sus labios, ántes como coral purísimo, se habían tornado en morado amortiguado: sus dientes, que eran perlas, se habían convertido en un hielo mortal, y su espaciosa frente, ántes cristalina, parecía ahora escarchada por el rocío helado del último sudor, y su pecho, palpitante, estaba frío como el mármol del sepulcro.»

Estaba vestida, según había dispuesto, como la más humilde monja del convento, con un hábito viejo de San Francisco, y en sus manos, crispadas, conservaba el Crucifijo, á quien entregó su espíritu con el último beso.

Estrechándola entre sus brazos el marqués, su padre, la abrazó y besó con delirio. Doña Ana de Castro estaba desmayada, casi caída sobre el cadáver. El duelo de aquella casa sólo era comparable con el que había en el pueblo.

El palacio estaba abierto de día y de noche, y nunca se desocupaba; así es, que tuvieron que tenerla tres días sin enterrar para que todos pudieran verla.

Después que todos la vieron y la bendijeron, le cortaron el larguísimo pelo, que como hebras de purísimo oro aventajaba á los resplandores del sol cuando caía como dorada lluvia sobre su cuerpo.

El confesor, cumpliendo su voluntad, abrió el cofrecito que estaba á la cabecera de la cama, y encontró en él: dos cadenas y cilicios de aceradas puntas, dos disciplinas, las bulas del Papa para su profesion, y un hábito de monja dominicana. Encima habia un papel que decia: «Todo esto, que lo entierren conmigo.»

Fray Juan Bautista lo colocó todo dentro de la caja, y después la cerró con llave.

Al pié del comulgatorio del convento de Madre de Dios, de Baena, está su sepultura.

Allí disfruta la paz de los justos.

EPÍLOGO.

Pocos días después, el marqués salió para la corte y desde allí volvió al gobierno de Orán, donde acabó sus días medio loco y como deserrado.

La marquesa mandó tres de sus doncellas al convento de San Martín, de Cabra, y las otras tres las consagró al de Baena, costeándole á todas el dote y el ajuar. Ella repartió cuantas limosnas pudo entre los huérfanos y pobres, y se entró también monja en el convento de Baena, donde observó una vida ejemplar, mandándose enterrar, pocos años después que falleció, al lado de su hija, de la que no quiso separarse ni en vida ni en muerte.

Doña Francisca, que habia estado dos días insultada, sin poder desechar la pena de su sobrina y no queriendo separarse de ella, entró también en el mismo convento, si bien sucumbió á los tres meses, bajo el peso de sus sufrimientos.

En su lápida se lee: *Falleció el 9 de Junio de 1597* (1).

Aquel año, el padre fray Juan Bautista predicó un magnífico sermón fúnebre en los honores de la tía y la sobrina.

Después.... el olvido se ha encargado de lo demás.

(1) Abad de Rute. *Historia de la Casa de Córdoba*.

MEDINA-AZZAHRÁ ⁽¹⁾

PARTE PRIMERA.

EL AMOR Y EL PARAISO.

Púsole por nombre á este palacio.
Azzahra, es decir, la flor ó la bellera,
por llamarse así su esclava favorita.
(A. BENAVIDES.)

I.

«Quizás más de ciento cincuenta años después de la construcción de este magnífico templo, quiso perpetuar Abderrahman III el nombre de su favorita, y edificó á corta distancia de Córdoba aquel opulento alcázar y sin rival en el mundo, que sólo puede crear la imaginación fantástica y calenturienta de un árabe enamorado.»

Esto hemos dicho en la historia de la Mezquita de Córdoba, y nada nos ha parecido tan

(1) *Ciudad Florida*. Esta leyenda está basada sobre la descripción que hace el autor en su novela inédita *El Cristo del cautivo*.

á propósito para dar comienzo á esta descripción, donde vamos á ver la justicia que asiste á las precedentes líneas.

Un amor inmenso, inextinguible, abrasó el corazón de Abderrahman toda su vida, amor que sólo templaban los cariños y placeres de la hermosa Zahara (Flor).

El encantado monarca se sentia estremecer sólo ante las ardientes miradas de la seductora niña, que, por su parte, cifraba sus delicias entre los brazos del delirante califa.

—Quiero, dijo un día la encantadora favorita, que edifiques una ciudad de mi nombre que sirva para morada mía y para retiro de nuestros amores (1).

Estas palabras, que Azzahrá pronunció para probar el cariño del monarca, al que á la vez quería con delirio, fueron un mandato para aquél, que estaba pendiente siempre de los lábios de aquella mujer seductora.

—Sí; yo haré un palacio, grande, inmenso, riquísimo como mi amor, que sirva para que gocemos en él todo el resto de nuestra vida.

—Y yo viviré por tí y para tí; yo seré tu esclava.

(1) Dozy, *Historia de los musulmanes*, tomo III. *Al Maccary*; T. de Gayangos; tomo III, lib. 3.º, capítulo 1.º

va, y mi corazón, que apenas ha abierto á las sensaciones del mundo, no se separará jamás del tuyo, como dos flores que nacen y viven juntas en la soledad y se perfuman con su mismo aroma.

—Basta, dijo Abderrahman: tu cariño y el mio serán inseparables, no habrá entre los dos más que una voluntad, la tuya, y el día que quieras que mis taifas inunden los reinos cristianos, iré al frente de ellos hasta los montes de Afranch.

—No, no quiero te separes de mí; ya has conquistado bastante: ¿para qué quieres más conquista que mi corazón? él sera tu prisionero.

—Y yo seré tu cautivo eternamente, y mi reino será el pedestal de tu hermosura.

Azzahrá le tendió una mano con ternura, en la cual grabó el enamorado califa sus labios de fuego.

Ella le besó en la frente, y él, loco de contento, salió diciéndola:

—Alá te bendiga y te guarde.

II.

El monarca se lo prometió, cumpliéndolo con tal exactitud, que á los pocos días de su promesa, á guisa de encantamiento, una maña-

na contemplaba la angelical Azzahrá las obras del alcázar y la ciudad desde los ajimeces de su aposento de Córdoba.

«En el mes de Noviembre del año 936, dice Dozy, hizo echar á una legua del Norte de Córdoba, los cimientos de una ciudad que habia de llevar el nombre de Azzahrá.

»Nada se perdonó para hacerla lo más magnífica posible.

»Durante veinticinco años, diez mil obreros, que disponian de mil quinientas bestias de carga, se habian ocupado en edificarla, y sin embargo, no estaba concluida á la muerte de su fundador» (1).

En efecto, cuando murió Abderrhaman en 961, no estaba concluida la ciudad que llegó á contener más de cuatrocientas casas-palacios; pero segun los historiadores, el alcázar se concluyó muchos años ántes.

En medio de aquella fastuosa poblacion se levantaba el régio alcázar, cuya prodigiosa fábrica no sabemos se haya imitado despues en ningun palacio del universo, por más que la España cristiana arrojara sobre su memoria la obra asombrosa de Juan de Herrera y Felipe II.

Los recursos que el califa agotó para su obra

(1) Tomo III; *Historia de los musulmanes*.

fueron inmensos, y puede decirse que fabulosos.

«Se empezó, dice Al-Maccari, en 18 de Noviembre de 936. Entraron en la obra 4.300 columnas: se gastaron diariamente 6.000 piedras labradas, sin la mampostería; trabajaron cada día 10.000 operarios, 2.600 acemilas y 400 camellos. Cada tres días entraban en la obra 1.400 cargas de yeso y cal, calculándose en 15.000 puertas las que contenia todo el edificio» (1).

La tierra, dice otro escritor orientalista, ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innumerables artífices que acudieron á explotarlás. La antigua Tarragona y Almería (espejo de España), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos y con variedad de colores y matices: la comarca de Ragya y su cabeza, la fenicia Malaca, preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opulenta Tunez, ricos jaspes rosados y verdes. Los mares se cubrieron de bajeles que, zarpando de los puertos de Africa, Siria y aun de Italia y Grecia, acudian con los tributos y presentes de sus principes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vientos so-

(1) T. de Gayangos. *Ide.n.*, Simonet, *Medina Azzahrá*, cap. 1.º

plaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y marinas de Tunez y Mehedlia, se diéron á la vela para las costas de Andalucía nave cargadas de las magníficas columnas de mármol y jaspes y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas ruinas de la iglesia cristiana de Sfax, y á las más soberbias de la antigua y potente Cartago, que enviaban al emir Almumenin sus walíes ó gobernadores de aquellas provincias (1).

Además de estas preciosidades que hizo traer de todos los ángulos del globo, reunió excelentes arquitectos y geógrafos de Bagdad, Damasco, Grecia y otras regiones, que dirigieron las obras. Estas, como hemos dicho, si bien no todas, se llevaron á cabo en poco tiempo, pareciendo milagroso, no sólo la rapidez, sino la prontitud con que los árboles y los jardines cubrieron aquellos deliciosos parajes.

A poco más de dos millas de Córdoba existe hoy una dehesa llamada *Córdoba la Vieja*, cuyo suelo está sembrado de fragmentos de jaspes, *mosáicos*, capiteles, columnas truncadas, restos de estatuas y otras rarezas y antigüedades, y donde apenas se inicia la más pequeña

(1) Simonet; *Medina-Az-zahra*; cap. 1.º

excavacion, se descubren señales á cada momento de aquella portentosa ciudad, que ocupaba toda aquella llanura hasta las primeras colinas de la sierra (1).

Un camino alfombrado por flores de delicados perfumes y cubierto por gigantes árboles, que no dejaban paso á los rayos del sol, conducia desde Córdoba hasta la primera entrada del suntuoso palacio en tiempo de los califas, cuyo camino lo cubrian con un toldo de seda color de escarlata, los dias que iba Abderrahman á pasar por él (2).

III.

Algunos meses despues, Abderrahman llamó á su favorita y asomándola á uno de los ajimeces de su palacio, la dijo:

—Tiende la vista y mira tu ciudad,

Azzahrá volvió los ojos hácia el punto que la señalaba, y exclamó asombrada:

—¿Pero eso, lo ha hecho Alá ó los hombres?

(1) Maraver; *Historia de Córdoba*; M. S.; tomo III, apéndice I.

(2) Maraver.—Idem, id.

—Eso lo han hecho tu amor y el mío.

—Ahora comprendo la inmensidad de tu amor.

—Y del tuyo, que ha sabido inspirar el mío.

—¿Cómo puedo pagarte tanto sacrificio?

—Con ese cariño entrañable que me tienes; conservando en tu corazón el aliento que respiro, para que nada se escape sin ir a tí.

—Sí: yo seré el espíritu de tu sueño: el hada que te tienda sus alas; la virtud que se pose sobre tu frente; la estrella que alumbré tus ojos.

—Ven, ven hija mía, que deje en tus labios todas las ilusiones de mi alma: que vierta en ellos todas las esperanzas que he soñado.

—Y ¿para qué has empleado esos inmensos tesoros en una obra perecedera?

—Para que nadie tenga en la tierra un altar donde yo te adore, como ese: yo quería un eden, un paraíso para tí, y esa es mi obra.

—¡Oh! yo viviré eternamente en ese paraíso, y en otro mejor, que serán tus brazos.

En aquel momento, un ruido de trompetas y añafles interrumpió á los amantes.

Abderrahman se asomó á un ajimez, y vió á su escolta que estaba formada á la puerta de palacio.

—¿Qué pasa? preguntó Azzahrá.

En aquel momento se abrió la puerta de la

habitacion y entró el caudillo Almudafar, general del califato, que le dijo:

—Ven, Abderrahman.

—¿Qué ocurre?

—Una conspiracion horrible contra tu vida.

Abderrahman salió precipitadamente, sin acordarse de Azzahrá.

IV.

Esta quedó triste y pensativa, sin saber si entrar ó salir. Por último, resolvió asomarse á la ventana, cuando un jóven penetró en la estancia precipitadamente.

—Azzahrá, detente, óyeme.

—¿Qué quieres, Abdalá?

—¿No has recibido un papel?

—Sí: y te he contestado.

—Me amarás, ¿no es verdad? Tú, tan hermosa y tan pura, con esa frente de rosa, serás para mí con todos tus encantos.

—Jamás creyera que tú te atrevieras á eso.

—Yo vivo para tí: tú eres mi único consuelo, mi única salvacion: tu cariño he anhelado, he buscado como el peregrino busca la fuente, como la flor busca el rayo de sol que la vivifica.

—Aléjate, príncipe; no quieras hacer tu infelicidad y la mía; no atentes contra la tranquilidad y el reposo de tu padre.

—Yo no puedo vivir sin tí: tu corazón es la sávia del mío: el primer beso que estampe en tu frente, será el primer himno de felicidad.

—Será el primer himno de muerte.

—Todo cuanto tenga, todo cuanto valga, será para tí: tú serás el perfume de esta flor marchita, la perla de esta concha sin ventura, la ilusión de este alma destrozada, la gloria de este corazón ahogado en lágrimas.

—Yo no puedo ser de nadie: mi corazón es de otro y no puede ser más que de mi amor....

—Una palabra de consuelo.

—Será tu sentencia de muerte.

—Si necesitas un trono, le tendrás: yo seré califa, porque el reino de mi padre está minado, y volará su cetro en mil pedazos.

—¿Qué haces, hijo desnaturalizado?

—Necesito tu amor y el trono.

—Vete por Dios, y no comprometas tu suerte ni la mía.

—Imposible; necesito el rocío de tu amor, el aroma de tu cariño.

—Vete, Abdalá.

—Dime que me amas,

—Nunca, jamás.

—O tu amor y el trono, ó tu vida y la sangre de cuantos te quieran.

Y el príncipe sacó el puñal al tiempo que Azzahrá se desmayó.

En aquel momento entraron los guardias del rey llevando al frente á Almudafar.

V.

El palacio de Meruhan estaba á la otra orilla del río Guadalquivir, rodeado de una alameda y jardines deliciosos. Lo tenía destinado Abderrahman á su hijo Abdalá, porque siendo éste muy instruido y dado al estudio, aquel paraje le brindaba á ello con su hermosura y soledad.

Concurrían á su palacio gran parte de la juventud brillante de aquella época, porque allí se trataba mucho de ciencia y literatura; se celebraban veladas literarias, se discutían cuestiones filosóficas, y era, en fin, un verdadero centro de instruccion y recreo.

Pero en tiempos difíciles, como aquellos, se despertaban muchas ambiciones y envidias que al fin daban al traste con los mejores propósitos.

Rodeado el príncipe Abdalá de ambiciosos

y aduladores, le hicieron creer que por su inteligencia y talento debía ser califa.

Su hermano Alhakem había sido el día ántes jurado heredero del trono, y esto sirvió de pretexto á aquellos aduladores para celebrar aquella noche una reunion, ó sea un acto de conspiracion, que no era el primero.

Allí estaban reunidos Abdilbar, la Rosa, el walí de Loja, el de Montilla, Aguilar, Lucena y otros.

Abdilbar, que era el más enconado contra el califa, tomó la palabra y le dijo:

—Túno debías tolerar que tu hermano recibiera tantas plácemes como ayer, ni se le hiciesen esas fiestas suntuosas, cuando vales más que él.

—Sí, sí, contestó Abdalá, yo necesito un trono para ponerlo á los piés de Azzahrá: esa mujer ha destrozado mi alma, y yo necesito respirar su aliento y aspirar su perfume.

—Para eso, no hay más que un remedio, contestó Abdilbar.

—¿Y cuál es?

—Echar á rodar todo lo existente.

—¿Y quién tiene fuerza para eso?

—Aquí tienes más de veinte waltes, y más de otros tantos están dispuestos á secundarte.

—Sí, todos estamos á tu disposicion, añadió el walí de Montilla.

—Todos, todos, exclamaron los de Aguilar, Lucena, Loja, Antequera, Cabra y otros.

—¿Y qué haremos de mi padre y mi hermano?

—Aquí traigo los estatutos que han de guiarnos, que pongo sobre la mesa, para que se vean y se aprueben.

La Rosa los leyó, y dijo:

—No estoy conforme con ellos: yo no quiero que la crueldad se lleve hasta ese extremo.

—Es preciso, añadió Abdilbar, porque en estas cosas, la contemplacion es la muerte.

—El walí de Lucena añadió á esto:

—Creo que debemos derribar lo existente, y luego, el destino de las personas Dios dirá.

—Bien; yo necesito el trono y el corazon de Azzahrá, porque es mi vida; pero mi conciencia se opone á toda clase de crueldades.

—La política no tiene conciencia, añadió Abdilbar.

—Pero debe tener nobleza y abnegacion, dijo la Rosa.

—No quiero sangre ni exterminio; sólo anhelo ser rey para conquistar esa mujer que me ha robado hasta el alma.

—Cuenta con el trono y esa mujer.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Almudafar seguido de la guardia negra.

Aterrados, atónitos, inmóviles, se dejaron atar, excepto el príncipe, que se escapó por una puerta secreta.

VI.

Una vez concluida Medina-Azzahrá, hagamos su descripción.

Un lindo pórtico de mármol blanco y encarnado rompía la pintoresca tapia que, imitando una elegante verja, encerraba el alcázar y los jardines. Esta puerta se llamaba de las *cúpulas*.

Por este pórtico se entraba á un extenso patio perfectamente cuadrado, cuyo pavimento, de jaspe de distintos colores, formaba los más caprichosos dibujos. En medio del patio había una fuente de pórvido con una hidra de cuatro cabezas, que arrojaba agua por ojos, boca y narices.

En uno de los lados del patio había otro hermoso pórtico que destacaba tres puertas ojivales. Sobre la del medio, que se llamaba de las *bóvedas*, «había colocado Abderrahman, según cuenta un excelente escritor, la estatua de su favorita; aunque se dice que algunos musulmanes profanos se gozaban de ver las esbeltas formas

de aquella imagen de la belleza, los más severos se indignaron al ver la impiedad del califa, que había tenido la audacia de representar las formas humanas, contra el expreso precepto del Corán» (1). La estatua, hecha de un finísimo mármol de Carrara, era de un parecido sorprendente.

Esta puerta era la principal que daba entrada al palacio, cuyos corredores y galerías, sembrados de abigarradas columnas, se perdían en lontananza como los perfiles de una hermosa decoración.

En la parte oriental* del alcázar estaban las habitaciones de la favorita Zahara, que se distinguían por el gusto y el esplendor. En el centro de estas habitaciones había un brillante aposento destinado á la doncella y al emir, por lo cual se nombraba *Megles almunes* (alcoba reservada ó del lecho nupcial). Este estaba construido en forma de cobba, ó sea una bóveda muy alta, adornada, así como también las paredes, con muchos relieves y mosaicos primorosamente dibujados sobre el fondo azul y oro, que iban á morir en lindos zócalos compuestos de franjas de diversos colores. Entre las hojas

(1) A. Benavides; *Medina-Azzahrá*.